

La cicatriz de Harry Potter

Seguramente todo habéis leído los libros de Harry Potter o habéis visto las películas. En cualquier caso conocéis el personaje.

Harry Potter es un niño especial, pero no por sus cualidades o sus hazañas, más bien es un niño mediocre en estudios, buen jugador de quiddich pero tampoco una gran estrella, un chico con buenos sentimientos pero que, a veces, se equivoca y discute con sus mejores amigos. ¿Qué es lo que le hace realmente especial a Harry Potter?

Su cicatriz. Lleva escrito en la frente quién es, y cual fue su pasado. De alguna manera está marcado, separado del resto por esa cicatriz.

Cuando el malo, malísimo de Lord Voldemort se acerca, o tiene sentimientos fuertes, a Harry Potter le duele la cicatriz. Y es que fue este Lord Voldemort, personificación del mal, quien se la produjo cuando intentó matarlo de pequeño, después de haber asesinado a sus padres. Sin embargo, algo inesperado ocurrió. Cuando Voldemort dirigió su maldición “avra kedavra” (que produce la muerte), sobre el niño, su madre le protegió con su cuerpo. Ella murió, pero el bebé quedó protegido contra el mal por aquel gesto de amor. De esa manera, Voldemort recibió los efectos de su propia maldición como si de un boomerang se tratase, quedando casi muerto.

La cicatriz de Harry le ha marcado, pero no negativamente. Es la cicatriz del que ha sido salvado por un amor incondicional que se da hasta la muerte. Es también la cicatriz del que ha sido elegido para luchar contra el mal y la muerte, porque solo el amor vence a la muerte.

La cicatriz a Potter no es que le dé más poderes que a los demás, incluso le crea más problemas porque le lleva a enfrentarse continuamente con el mal. Sin embargo, el sacrificio de su madre le da fuerza, coraje, valor; le recuerda quién es, y cómo el amor vence al odio.

A mi me parece que la aventura de Harry Potter se parece bastante a nuestra propia aventura de cristianos: la cicatriz de Harry Potter en cristiano se llama Bautismo.

Para toda esta reflexión sigo casi al pie de la letra a *Anselm Grün, El Bautismo, celebración de la vida*, San Pablo, Madrid 2002. Es una colección preciosa sobre los siete sacramentos, se vende en un pack de siete libritos.

La nueva identidad

El bautismo en los primeros años de la Iglesia se parecía poco a lo que estamos acostumbrados. Era un bautismo de adultos, por lo tanto era algo elegido por la persona. Y no era precisamente un acto social como lo puede ser ahora, sino algo que estaba precedido por una preparación exhaustiva y larga, que podía llegar a durar varios años.

La Iglesia de los primeros siglos tenemos que pensar que era minoritaria, y suscitaba una gran fascinación en sus miembros. Los que se bautizaban estaban entusiasmados con una vida en Cristo, de tal manera que cortaban con lo que había sido su vida hasta ahora. Todo lo que había sido hasta ahora su vida era sinsentido y vacío, mera ilusión y apariencia de vida. Por el bautismo estaban convencidos de entrar en la vida auténtica: abandonaban su vieja identidad para encontrar una nueva en Jesucristo.

Hay que ponerse en el lugar de aquella gente. La vida de la antigüedad tardía estaba caracterizada por la decadencia. Mientras las crisis económicas dejaban periódicamente diezmada a la población, los poderes públicos desviaban la atención con la estrategia de “pan y circo”. La esclavitud, las guerras, las enfermedades eran las características de la vida cotidiana. El sentido de la vida se había perdido y todo giraba en torno a las curiosidad y a las sensaciones, a los placeres y las diversiones. Los que se bautizaban se apartaban de este modo de vivir vacío. Renunciaban al mal y a la insensatez de una vida alejada de Dios y se decidían a morir a este mundo y a no definirse ya a sí mismos por el éxito o sus dotes personales, por los placeres y los excesos, sino exclusivamente por ser personas amadas incondicionalmente en Cristo.

De esta manera, el bautismo era un nuevo nacimiento. Esta nueva existencia se caracterizaba por la experiencia de una gran libertad. El cristiano se define ahora desde Dios. Ya no tienen ningún rey por encima de ellos. Ya no están condenados a llevar a cabo las expectativas de los demás, porque lo fundamental ya lo tienen: son amados. Esta nueva vida les abría a la vida de Dios. De alguna manera se sentían partícipes de la vida de Dios. Sólo si el ser humano participa de la naturaleza de Dios llega a ser verdaderamente hombre. Alfred Delp, en una cárcel de la GESTAPO, poco antes de su muerte dijo: “El ser humano sólo es hombre cuando está unido a Dios”. Y ahora me acuerdo yo de lo que le dice Mufasa en la película de “El rey león”, cuando Simba se mira en el lago intentando ver el rostro de su padre en su propio reflejo: “Simba, ¿has olvidado quién eres? Recuerda quien eres, eres mi Hijo”.

En el bautismo se nos hace participar en la vida divina. La tarea de la Iglesia debería ser celebrar hoy el bautismo de tal modo que, mediante él, los hombres barrunten el secreto de su vida y sepan quiénes son verdaderamente.

El misterio de la vida. El misterio del don de Dios

Ha quedado claro que el bautismo era un sacramento por el cual los adultos de la antigüedad renunciaban a su vida anterior para incorporarse a la vida nueva en Cristo. ¿Pero que pasa hoy que el bautismo se celebra cuando eres crío y no tienes la capacidad de elegirlo? Es cierto que esta circunstancia ha hecho perder al bautismo de cierta eficacia existencial. Sin embargo, la ha dotado de otros significados interesantísimos.

Vamos directamente a ello. ¿Qué significa el bautismo y qué consecuencias tiene para ti, bautizado hace tanto tiempo?

El misterio de la vida

Veamos en primer lugar lo que el bautismo significa desde los ojos del hombre. Casi todas las culturas tienen ritos de iniciación a la vida. Son ceremonias en las que se celebra la vida, se le da la bienvenida al recién llegado y parece que todos renuevan su fe en el misterio de la vida. El bautismo tiene este significado: es una bienvenida al neonato y un homenaje al Señor de la vida.

En este sentido, el niño representa una especie de promesa. Todos miramos un niño y no podemos vencer la tentación de soñar qué llegará a ser. El niño representa la esperanza del futuro. Sin embargo, a medida que nos hacemos mayores y la vida nos va vapuleando, sentimos también el miedo de lo que le puede llegar a pasar a ese niño, de los sufrimientos que va a tener que soportar, de las injusticias a las que va a ser sometido. Hoy en nuestra sociedad opulenta no muchos piensan así, pero os invito a que penséis que se le pasa por la cabeza a una abuela en el Congo, que ver nacer a su nieto en un país donde el futuro no existe y donde, casi necesariamente, se evoluciona a peor.

La vida viene siempre unida a la amenaza del mal y de la muerte. El niño está marcado por su familia, por las virtudes y los defectos que puedan proyectar en su educación sus padres y familiares. Está marcado por las desgracias que le sucederán, por sus impulsos de carácter, por las expectativas que los demás proyectarán en él, por el ambiente más o menos libre en el que viva.

El niño simboliza la vida, pero está marcado por *su* vida concreta. Y no hay ninguna vida absolutamente feliz, ni hay una familia absolutamente perfecta. Si la vida que le espera al niño del Congo es la que ha vivido su abuela ¿qué sentido tiene celebrar su nacimiento?

El misterio del don de Dios

Pero cabe ver la realidad del bautismo también desde los ojos de Dios. Desde el momento en que Dios decidió enviar a su Hijo al mundo, y este fue capaz de entregar su vida por amor al hombre, el bautismo recuerda que todos hemos sido marcados por el amor: como Harry Potter. De esta manera, el bautismo no solo es la celebración de la vida. En él celebramos también, que Dios se ha comprometido con esa vida. Dios nos ha dado la existencia, pero no nos ha dejado abandonados a cualquier tipo de existencia.

Dios crea y ama. Dios da la vida y la ama profundamente. El niño no sólo es hijo de sus padres, con la herencia positiva y negativa que esto conlleva; no solo es hijo de su tiempo, con lo positivo y negativo que esto conlleva; sino que es, sobre todo, hijo de Dios. Tiene una dignidad divina. Es libre, no pertenece a los padres, sino a Dios. No tendrá que dar cuenta a sus padres de todas sus decisiones, recorrerá su propio camino. De alguna manera, el bautismo nos libra del determinismo. El determinismo es esa creencia en un destino fijado para cada hombre, del cual no se puede librar. Siendo hijos de Dios, nuestro camino es la libertad, porque ningún condicionamiento humano: tu nombre, tu familia, tu aspecto físico, tus cualidades, tus errores, los errores de otros para contigo..., son definitivos. Lo más definitivo es que eres de la familia de Dios. Eso no lo puede borrar nadie, por eso el bautismo es indeleble.

La fuerza salvadora de Cristo es más fuerte que cualquier cosa que nos pueda pasar, incluso la muerte. Porque él venció la muerte resucitando. Jesucristo entra en contacto con el bautizado y derrama en él su vida divina y su amor incondicional, le proporciona la protección de Dios y le manifiesta su belleza.

El efecto del bautismo sobre el niño es limitado. Quiero decir, el niño no se da cuenta de todo lo que estamos hablando. Sin embargo, nosotros, el resto de los presentes en el rito del bautismo si. De tal manera, que en el mismo rito también sucede algo maravilloso en nosotros, los que fuimos bautizados de pequeños; y es que el bautismo se renueva en nosotros y nos hace ver a ese niño como la criatura que nosotros somos: hijos de Dios, amados incondicionalmente. De alguna manera, el bautismo nos advierte de que el neonato es un ser tan amable, tan maravilloso y tan digno del amor de Dios como nosotros mismos.

El agua

Un sacramento es un rito llevado a cabo con gestos y palabras que recuerdan alguna actuación de Jesús, de tal manera que, al repetir esos gestos y palabras, el creyente vuelve a experimentar lo mismo que los que escuchaban a Jesús cada día.

Leonardo Boff, un teólogo brasileño, representante de la Teología de la Liberación, escribió en su libro *Los sacramentos de la vida* un ejemplo que me encanta.

Él cuenta que su padre era un fumador empedernido. Ya mayor le prohibieron fumar pero, cada vez que Leonardo iba a visitarle, no podía prohibirle a su padre que se echara un pitillo con él. Aquella complicidad furtiva que les envolvía a los dos, se le quedó grabada en el alma: eran momentos maravillosos vividos entre los dos.

Estando en Alemania haciendo el doctorado, Leonardo recibió una carta desde Brasil. Era su hermano, le decía que su padre había muerto, y le mandaba en una bolsita la última colilla que fumó. El contacto con aquella colilla, el olor a tabaco rancio, le hacía revivir todos y cada uno de los sentimientos que experimentaba con su padre en aquellos momentos cómplices. La colilla, una mísera colilla, se había convertido en símbolo de su padre. Pero no cualquier símbolo, se había convertido en **sacramento**. No solo simbolizaba a su padre, sino que lo hacía estar presente allí mismo de tal manera, que Leonardo volvía a revivir aquellas tardes.

Eso es un sacramento.

En el bautismo, el símbolo por excelencia que nos hace revivir el amor que Dios nos derramó en Jesucristo, es el agua.

La fuente del amor

Lo primero que nos viene a la mente cuando hablamos de agua es el agua corriente, el agua limpia que se puede beber y que mana de una fuente. La fuente bautismal nos recuerda el amor de Dios que se derrama sobre nosotros gratuitamente, y que en nosotros se transforma en una fuente inagotable. Nuestra sed más profunda es sed de amor. Nuestros grandes problemas surgen cuando sospechamos que no nos quieren. El amor que Dios hace brotar en nosotros es un amor que no se acaba nunca. Lo que nos garantiza el agua del bautismo, es que ese pozo del amor no se va a agotar jamás.

El agua que purifica

En segundo lugar, el agua alude a limpieza, a purificación. El agua del bautismo nos purifica de los errores del pasado y nos renueva para que vivamos como personas nuevas. Esto es más fácil entenderlo cuando se bautiza un adulto que cuando lo hace un niño que no ha tenido tiempo de pecar. ¿De qué se le purifica al niño? Del pecado original. Pero, ¿qué es esto del pecado original? En otras palabras, se quita al niño del contexto en el que su destino lo había colocado. Todo lo que pesa sobre el niño, comenzando por los factores hereditarios, por el contexto de su cultura, por los errores o aciertos de sus padres, por la situación psíquica de la familia, es lavado por el bautismo. En otras palabras. El niño que es hijo de un maltratador podríamos pensar que está condenado a repetir el esquema del padre. O el niño que nace en Congo está obligado a vivir la miserable vida de sus padres. O el niño que nace con un carácter tímido y con tendencia a una autoestima baja, está condenado a la frustración. O el niño que no ha sido valorado, o el que lo ha sido en extremo, están condenados a vivir bajo el peso de sus tendencias propias y de las decisiones que los demás han proyectado en ellos. El bautismo rompe con todo eso. El bautismo nos limpia de toda tendencia al mal y de todo determinismo. ¿Quiere decir esto que con el agua del bautismo desaparece todo condicionamiento físico, psíquico y familiar? No, por supuesto que el bautismo no borra las complicaciones psíquicas y morales de las personas, pero sí que nos dice que el niño no está condenado a repetir el destino de sus padres o de su sociedad: él puede empezar desde el principio.

De alguna manera, el bautismo es un seguro de vida comprado anticipadamente. No te va a evitar equivocarte, no va a eliminar de ti el sufrimiento, pero te dice que tú, por el hecho de ser hijo amado de Dios, eres mucho más grande que tu pecado. De alguna manera, el bautismo te vacuna contra la desesperación: ni tus errores, ni lo que te pueda pasar es tan grande como para vencer el amor que Dios te tiene, tú vales más que tu pecado.

La creatividad

Con el bautismo recibimos el Espíritu. El Espíritu Santo no es más que Dios dentro de nosotros mismos. El bautismo nos recuerda que en nosotros brota continuamente una fuente que no permite que nos sequemos. El Espíritu anida en esa parte de nosotros mismos que es misteriosamente creativa. Cuando se te ocurre una idea genial y no sabes

como; o cuando eres capaz de perdonar a alguien contra pronóstico; o has hecho algo digno de alabanza y no sabes cómo pudiste sacar fuerzas para hacerlo; en todos esos casos es el Espíritu el que está actuando en tí.

El que trabaja siendo consciente de que el Espíritu está en él, nunca se sentirá extenuado: cansado sí, pero no totalmente abatido. Experimentará el placer en ello y se alegrará por la vida que florece en él. Cada uno de nosotros vive también con el miedo de que sus fuerzas puedan decaer, de no encontrar ya nuevas ideas, de convertirse en aburrido y vacío. Incluso puede que los nuevos retos que la vida nos propone se nos antojen tan altos, tan exigentes, que no nos veamos capaces de asumirlos. El bautismo nos promete que la fuente que hay en nosotros es inagotable porque no es nuestra: es divina. Nos mantendrá siempre frescos y vivos y fecundará la semilla que quiere nacer en nosotros. Por eso decimos que en el bautismo el Espíritu fecunda a la persona, la santifica y la renueva.

A la basura con lo viejo

El agua puede ser también fuerza destructora. Ser conscientes del bautismo recibido implica elegir. Y elegir siempre provoca destrucción de lo que ya no sirve. En el bautismo sepultamos nuestra vieja identidad. Aquella que creía que las personas son lo que tienen, el dinero que gastan, la apariencia física de la que presumen, los éxitos que acumulan. Mientras se vive así, el nerviosismo es constante, porque nunca tienes suficiente. Las personas se ven como objetos de consumo y se desdibuja el misterio que cada una encierra. Por el bautismo dices sí a una nueva vida basada en el don del amor de Dios. Y dices no a una vida marcada por el egoísmo. Con el bautismo sepultamos también nuestro pasado, que nos ha condicionado hasta el momento. Sepultamos las ofensas y las heridas. No queremos continuar haciendo uso de ellas para atribuir a otros la culpa de nuestra situación actual. Morimos a este mundo para vivir como personas nuevas que han encontrado un tesoro. Ya no nos definimos según el éxito o los resultados, el reconocimiento y la atención por parte de los otros, sino solamente a partir de Dios.

La muerte y su poder

El bautismo no nos libra de la muerte, de hecho todos moriremos. Pero sí nos libra de su poder. El poder de la muerte es el miedo que inflige al hombre. La muerte se nos presenta como el lugar donde no hay ser, no hay nada, ni amor ni identidad. Y eso provoca miedo en el hombre. El bautismo nos recuerda que quien se ha comprometido desde el principio con nosotros ha vencido ya a la muerte. Aquel que se ha tomado tantas molestias en llamarnos a la vida, Aquel que no dudó en sacrificar a su Hijo para demostrarnos su amor, Aquel que lo resucitó, no puede dejarnos en la soledad y la muerte. Aunque la muerte física nos azote, nuestro “yo” personal, nuestro núcleo de personalidad, nunca morirá.

Por eso los cristianos creemos que todavía hay un vínculo que nos une a nuestros difuntos. No es nuestro amor, que no puede devolverlos a la vida. Es el amor de Dios que supera toda frontera el que los mantiene vivos y unidos a nosotros.

La adopción incondicional

Dios nos dice en el bautismo que somos aceptados incondicionalmente y que tenemos derecho a vivir, a pesar de lo que seamos, hayamos hecho, o estemos dispuestos a hacer.

Vivimos en una cultura en la que las personas se sienten aceptadas solo condicionalmente; es decir, si cumplen unos objetivos, si colman las expectativas de alguien, si tienen éxito, si logran algo importante. Crecemos así. Los niños de hoy viven en el nerviosismo continuo, porque tienen que crear estrategias para conseguir que alguien les ame. Se trata de supervivencia. De esta manera hay gente que no expresa su opinión para no ser molesto, o gente que recubre el corazón de una coraza de frialdad para no ser herido, o gente cuya autoestima depende únicamente de la valoración de los otros. Esto no es vivir, es sobrevivir.

Los psicólogos han puesto de relieve la importancia de la *confianza básica*. El bautismo lo que produce es precisamente esto: confianza básica. La confianza básica es la base de la persona y solo se obtiene cuando un niño se siente amado incondicionalmente. Dios nos ama incondicionalmente: tal y como somos. Con lo bueno, lo mediocre y lo malo. Con nuestros errores pasados, los presentes, y ¡ojo!, también los futuros. En el bautismo Dios te dice que jamás vas a dejar de ser valioso para él, hagas lo que hagas. Uno podría comprender que Dios perdonase todo lo que has hecho, pero que esté dispuesto a perdonar lo que todavía no has hecho, me parece increíble.

Por eso renovar el bautismo es tan importante para nosotros. Porque supone recuperar la confianza básica que tantas veces perdemos. Este es un buen punto para que hablemos de todos nuestros sentimientos de culpa, de cómo no nos perdonamos cosas de nuestro pasado, de cómo perseguimos ser personas que no somos, de cómo desperdiciamos la vida disimulando nuestros defectos...

Nuevo nacimiento

Por esto se dice que el bautismo es un nuevo nacimiento. Se nace a otro estilo de vida. Se nace a otro mundo de interpretaciones, a otra cultura. Se recibe una nueva identidad. Ya no eres fulanito de tal, nacido en tal sitio, de padres Mengano o Citano, profesión X, amigos tales, éxitos remarcables cuales... Eres alguien en quien Dios habita. Eres alguien frágil, débil, pero que su propia debilidad se convierte en oportunidad para que Dios sea Dios. Si Dios te ha creado pequeño, débil y defectuoso, será porque te quiere así y porque tiene planeado hacer muchas cosas en ti. Siempre que aceptes que las cosas son así y no como tú las piensas.

La unción

Hay otro símbolo dentro del rito del Bautismo que resume todo esto: la unción. El bautizado recibe dos clases de “oleos” o aceites.

1. El de los catecúmenos. Es el óleo de la curación, simboliza la fuerza sanante de Jesús que es más fuerte que las heridas que el niño sufrirá a lo largo de toda su vida. Nadie puede evitar que el niño sea herido. Sin embargo, depende de cómo trate de curar sus heridas para que su historia personal sea sana o enferma. A su

vez, el aceite de catecúmenos nos comunica la posibilidad de que Cristo pueda curar a otros a través de nosotros. Mediante el bautismo nosotros somos Cristos para otros.

2. El Santo Crisma. Es el aceite con el que Israel ungía a los reyes, a los sacerdotes y a los profetas.
 - a. Mediante el bautismo nos hemos convertido en personas regias, dueñas de sí mismas y no dominadas por nadie; personas que viven en primera persona y no se dejan arrastrar; personas que están en paz consigo mismas y que irradian paz. Somos personas con una dignidad regia, inviolable, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios.
 - b. Profeta es el que habla abiertamente y con su propia vida. Tiene algo que decir con su propia vida y eso sólo puede ser dicho a través de él. Cada uno de nosotros es profeta; es decir, que puede, con su existencia personal, expresar algo desde Dios, algo que puede ser oído y experimentado en este mundo solo a través de él. Todo bautizado es una palabra de Dios para los que viven con él.
 - c. Cada uno de nosotros es sacerdote de pleno derecho (ver 1Pe 2,9). Esto quiere decir que tenemos acceso directo a Dios, que reunimos en nosotros mismos a Dios y al hombre. Pero el sacerdote es el que transforma: transforma lo terreno en divino, hace que lo terreno sepa a Dios y encuentra huellas de Dios en la realidad humana. Cada uno de nosotros está llamado a transformar la estructura de su vida de modo que huela a Dios.

Muchas cosas se podrían decir todavía del bautismo. Faltaría hablar del sentido de otros símbolos: la vela bautismal, la vestidura blanca, el sentido de los padrinos. También habría que hablar del sentido de incorporación que el bautizado experimenta dentro de la Iglesia. Pero creo que ya es bastante largo el tema.

Solamente me gustaría aclarar por qué tratar este tema ahora, mediada nuestra etapa de formación.

Creo que es el momento de darnos cuenta de lo que ha supuesto el bautismo para nosotros, aunque no lo hayamos percibido hasta ahora. El bautismo es el sacramento base, el que nos da la dignidad que todos tenemos. Salvo la eucaristía, los demás sacramentos simplemente completan o definen un poco más algo ya realizado en el bautismo.

Te sugiero que, si no ha habido cosas que te han llamado ya la atención y te han provocado pensamientos o sentimientos, contestes a estas preguntas.

1. ¿Te has sentido alguna vez amado incondicionalmente por Dios? ¿Has sentido que él te quiere tal y como eres?
2. ¿Has sentido alguna vez esa fuerza que nos sabes de donde te viene y que te ayuda a superar los problemas? ¿Tiene algo que ver con Dios?
3. ¿Te defines todavía por tus logros, tus éxitos, lo que tienes o lo que representas? ¿O crees que eres alguien valioso simplemente por ser la persona que eres?
4. ¿Qué sentimientos te produce saber que desde el primer instante de tu vida Dios ha cuidado de ti y se ha comprometido a quererte y protegerte siempre?